

más importantes transcribimos a continuación:

Hoy más que nunca la obra de Maiakovski entra en la vida artística y en la historia de la literatura rusa, y, por lo tanto, es preciso hablar de él en presente y estudiar no las causas de su suicidio sino las razones de su vitalidad.

1885: eclosión del simbolismo ruso; 1900: segundo vagido simbolista; 1910: crecimientos de los epígonos. Una reacción es necesaria. Se diseña ella con los akmeístas y los futuristas. De esta época datan las primeras obras poéticas de Maiakovski. Es necesario revalorizar el lenguaje poético, renovar la retórica, revisar la métrica. Maiakovski opone a la abstracción simbolista el lenguaje, la palabrería de la vida diaria. No desprecia ni el juego de palabras, ni el chiste, imita el lenguaje hablado, reemplaza los acentos tónicos por los acentos lógicos y renueva la rima rusa con la ayuda de palabras compuestas.

La revolución futurista traspasa el plano estético. Se trata de dar un golpe definitivo al simbolismo, de hacer descender la poesía de los salones a las calles. Y esto no ocurre por razones sociales o políticas. La poesía simbolista se dirigía a los iniciados, tendía a crear si no una religión, por lo menos una mística, establecía valores trascendentales y se complacía en aspiraciones ultra terrenas. Maiakovski volverá a las masas; escarnecerá a la Iglesia rebajando su lenguaje evangélico, será preciso, concreto, enamorado de la tierra, de las multitudes, de la salud, de la vida. No se dirige todavía al proletariado (en cuanto a los campesinos, jamás existieron para él), sino a los bajos fondos de las grandes ciudades, revoltosos perpetuos. Es individualista acérrimo. Anarquista antes que socialista.

El elemento social le sirve única-

mente de elemento comparativo, de arsenal de imágenes: «el poniente rojo como la Marsellesa», «sol, potentado del cielo». Su nico tema, es él y su amor: El hombre y tantos poemas cortos. Otro motivo primordial: su odio al pequeño burgués, odio del individuo fuerte a la mediocridad general.

Sobreviene la revolución. Maiakovski no se inmuta, es revolucionario, siempre lo ha sido. La base estética de la obra de Maiakovski, por haber concordado con el fundamento social de la Revolución, es tragada y aniquilada por ésta. La poesía se transforma para él en un medio de lucha social.

Quisiera trabajar para la Revolución como técnico y no como hombre de letras. Cantar los aviones, pero también construirlos, loar las usinas pero sobre todo contribuir a la intensificación de la industria. Versos de publicidad para los trusts del Estado, poemas de amor, impresiones de viaje, arengas al pueblo, conmemoraciones de festividades comunistas... Y a la edad de 35 años, una bala en el corazón.

Es fácil encontrar en la obra de Maiakovski, predicciones de su suicidio: ¿en qué obra de poeta no se encuentra? Fácil constatar también que una fatalidad parece cernirse sobre los poetas rusos. ¿Cuántos, entre los más ilustres, han vivido más de cuarenta años? Fácil igualmente gritar el accidente, como también contar la premeditación. Una sola certidumbre: el único gran poeta revolucionario, uno de los tres o cuatro mejores poetas rusos de este siglo, acaba de morir. Nos queda su obra, y también su lección.

BRAQUE Y PICASSO

En el mismo número de la indicada revista; André Lhote se

refiere en un artículo muy meditado a la exposición recientemente celebrada en París, de los pintores Braque y Picasso.

Braque, que exhibe dos telas importantísimas entre una veintena menos trabajadas, aparece como el tipo más perfecto del pintor francés, buen artesano antes de todo. En posesión de fórmulas justísimas y personales, Braque puede enorgullecerse de ser en nuestra época el solo pintor de quien puede decirse que ha efectuado obras de indiscutible maestría.

Más adelante el juicio sobre Picasso:

Las obras de Picasso parecen siempre como escapadas de un cataclismo y reunidas en el último minuto. Como sus prodigiosos antecesores barrocos (cita al efecto Lhote entre ellos, Berruguete, Juan de Juanes y el Greco), la imaginación de Picasso no conoce el reposo. Sus obras como él mismo en perpetuo movimiento, parecen siempre cojear de algún punto, pero lo hacen maravillosamente.

Como se ve, entre ambos artistas, el sentido nacionalista del crítico marca una preferencia que podría discutirse mucho por el pintor francés sobre el español.—
Ariel.